

conocí, sólo éramos los fetos de nuestros espíritus, unos fetos bastante sabáticos, recuerdas? Adiós, Genoveva y yo te abrazamos, y Marie abraza a Ettie. Tu

STÉPHANE

*A Eugène Lefébure*

Besanzón, 27 de mayo de 1867

Mi buen amigo:

¿Cómo le va? Melancólica cigüeña de lagos inmóviles, su alma ¿no se ve aparecer en su espejo con excesivo hastío, que turbando el encanto mágico y puro de su confuso crepúsculo, le recuerda que es su cuerpo de usted el que se sostiene, abandonado, sobre una pata, mientras la otra se repliega, enferma, en sus plumas? Volviendo al sentimiento de la realidad, escuche la voz gutural y amistosa de otro viejo plumaje, garza y cuervo a la vez, que se abate cerca de usted. ¡Con tal de que este cuadro no desaparezca, para usted, en los temblores y las arrugas atroces del sufrimiento! Antes de abandonarnos a nuestro murmullo, verdadera conversación de pájaros semejantes a juncos, y mezclados con un leve estupor en tanto volvemos de nuestra fijeza en el estanque del sueño a la vida, en el estanque del sueño, donde sólo pescamos nuestra imagen, sin pensar en las escamas de plata de los peces, preguntémonos cómo estamos en esta vida. Reitero, entonces, hermano, mi primera pregunta: *¿Cómo está usted? ¿Y cómo avanza esa curación?*

Le enviaré mañana dos divinos volúmenes de novelas cortas de la señora Valmore: *Ocho mujeres*. ¡Mujeres como ella!

El *Parnassiculet* —¡horrible palabra!— está agotado, pero yo sabría conseguirlo, como el *Enano amarillo*, y enviárselos, sustrayéndolos a des Essarts, que recela su amasijo misterioso, que descuenta de la posteridad. En cuanto a mis líneas de lápiz, son muy débiles —aunque mi pensamiento siga siendo algo horriblemente desnudo y sensible— y tengo horror de retocarlas. El resto de mi corazón está cerca de usted, y queda de él tan poco que prefiero dejárselo en depósito antes que *emplearlo*, porque temo estropearlo: entonces, mi viejo y buen cuerpo de gato se acaricia en su sillón de usted, esperando arrancarle alguna chispa. Usted me entiende lo suficiente como para no preguntarme nada más.

No he recibido nada más digno de comentarle, en la revisión que los lunes hago de periódicos y magazines, salvo la *Revue des deux mondes* del 15 de mayo, con un artículo de Montégut en las primeras cuatro o cinco páginas, en el cual sentí y vi con emoción mi libro. Habla del

Poeta Moderno, *del último*, que, en el fondo, es «ante todo, un crítico». Es exactamente lo que observo en mí, puesto que he creado mi Obra sólo por *eliminación*, y la verdad adquirida sólo surgía de la pérdida de una impresión que, habiendo chisporroteado, se había consumido y me permitía, gracias a las tinieblas que desprendía, avanzar más profundamente en la sensación de las Tinieblas Absolutas. La Destrucción fue mi Beatriz.

Y si hablo de esta manera de *mí*, es porque ayer terminé el primer esbozo de la Obra, imperecedero, si yo no perezco antes, y perfectamente delimitado. Lo contemplé, sin éxtasis y sin espanto, y, cerrando los ojos, *encontré que eso era*. La Venus de Milo, que me gusta atribuir a Fidias, tan genérico se ha vuelto para mí el nombre de ese artista, y la Gioconda de Leonardo da Vinci, me parecen, y *son*, los dos grandes destellos de la Belleza en esta tierra, y esta Obra, tal como la he soñado, será el tercero. La Belleza completa e inconsciente, única e inmutable, o la Venus de Fidias, la Belleza con el corazón mordido por el cristianismo, por la Quimera, y dolorosamente renaciente con una sonrisa llena de misterio, pero de misterio forzado y que ella no *siente ser la condición* de su ser. La Belleza, por fin, habiendo recobrado en el Universo entero *sus fases correlativas* gracias a la ciencia del hombre, habiendo adquirido su palabra suprema, habiendo recordado el horror secreto que la forzaba a sonreír en tiempos de Da Vinci, y a sonreír misteriosamente, sonriendo entonces misteriosamente, pero ahora de dicha y con la quietud eterna de la Venus de Milo recobrada, habiendo sabido *la idea del misterio* del cual la Gioconda sólo conoció la fatal sensación.

Pero no me enorgullezco de tal resultado, querido amigo, más bien me entristece. Porque todo ello no fue un hallazgo del desarrollo normal de mis facultades, sino por la *vía pecadora y apresurada, satánica y fácil* de la Destrucción de mí mismo, que produjo la sensibilidad, no la fuerza, que a ella me condujo, fatalmente. Personalmente, *no tengo ningún mérito*; y hasta es para evitar este remordimiento (de haber desobedecido la lentitud de las leyes naturales) que me gusta refugiarme en la impersonalidad, que me parece una consagración. En todo caso, al *sondearme*, es lo que creo. No pienso que mi cerebro se extinga antes del cumplimiento de la Obra porque, habiendo tenido la fuerza de concebir y la de recibir ahora lo concebido (de comprenderlo) es probable que también tenga la de realizarlo. Pero mi cuerpo está *totalmente agotado*. Tras varios días de tensión espiritual en un apartamento, me congeló y me miro en el diamante de este hielo, hasta cierta agonía: luego, cuando quiero revivificarme bajo el sol terrenal, me funde, me muestra la profunda desagregación de mi ser físico, y siento que mi agotamiento es completo. Creo, ahora y todavía, sosteniéndome en mi voluntad, que si cuento con todas